

¿El tiempo pasa deprisa o no pasa?



EL MISTERIO DE LA HORA PRESENTE

Pablo Martín Sanguiao

“Que Dios me conceda hablar según su conocimiento
y pensar dignamente de los dones recibidos,
porque El es guía de la Sabiduría
y los sabios de El reciben orientación.
En poder suyo estamos nosotros y nuestras palabras,
toda inteligencia y toda habilidad nuestra.
El me ha concedido el conocimiento infalible de las cosas,
para comprender la estructura del mundo
y la fuerza de los elementos,
el principio, el final y el medio de los tiempos”.

(Sabiduría, 7,15-18)

En las reflexiones que aquí ofrezco al buen entendimiento de quien lee, no está comprometida la autoridad de la Iglesia, a la cual dejo desde ahora todo eventual juicio; y pido al lector que tenga la paciencia de leer hasta el final lo que aquí digo, porque siendo un tema complejo y prácticamente inédito, ciertas afirmaciones podrían parecer excesivas o equivocadas a primera vista, pero se completan y aclaran con otras sucesivas.

P. Pablo Martín
2010

* * *

¿El tiempo pasa deprisa o no pasa?

*“El tiempo ahora ya se ha hecho corto:
a partir de ahora... los que hacen uso del mundo,
que vivan como si no lo usaran para nada,
porque pasa la escena de este mundo”*

(1ª Cor 7,29 y 31)

He oído decir tantas veces, en estos últimos años, que el tiempo corre cada vez más deprisa. Yo también he tenido a momentos esa extraña sensación, de que el tiempo se haya “acortado”.

Será tal vez porque, con el paso de los años y viviendo más intensamente un mayor número de tareas y de situaciones de la vida, nuestra percepción psicológica experimenta esa aceleración.

O tal vez será el frenesí de nuestro mundo la causa de esa sensación...

De todas formas, actualmente es una cierta percepción bastante común: que, aunque el reloj y el cronómetro no lo señalen e el almanaque sea siempre lo mismo, el tiempo parece que pasa muy rápido, una extraña sensación que hace unos años no se notaba...

Pareciera como si el tiempo se hubiera acortado. Como si el día ya no tuviera 24 horas, sino apenas 16. *Como si el día hubiera perdido la tercera parte de su luz y otro tanto la noche...*

*“Y si aquellos días no fueren abreviados, ningún ser viviente se salvaría;
pero por amor a los elegidos aquellos días serán abreviados”*

(Mt 24,22)

* * *

Es humano hablar del tiempo. Nunca como ahora se ha hablado de los tiempos.

Se mide hasta en milésimas de segundo. Se quisiera reducirlo, tal vez con la velocidad.

Tantas veces *se quisiera escapar del momento presente, refugiándose en recuerdos o en proyectos...*

Se estudia el tiempo, se hacen previsiones del tiempo, se analizan los tiempos, se elaboran proyecciones de cómo será el futuro desarrollo de éste o de lo otro...

Y mientras se habla del tiempo y de los tiempos, no se piensa para nada en la *eternidad*.

No parece objeto de interés. Después de que nos han llenado la cabeza de “*cientos mil años*”, de “*millones de años*”, de civilizaciones desaparecidas, la idea de la eternidad desaparece.

Se habla tanto *de* muerte, pero no se quiere hablar *de* la muerte.

Si se habla, tiene que ser de una forma tranquilizadora: está bien lo que cuentan quienes han vivido experiencias de muerte clínica y que luego, no se sabe bien el por qué, han podido volver atrás y refieren... lo del famoso “túnel” oscuro en cuyo fondo hay (¡sin falta!) una luz, “presencias amigas”, ciertas músicas, armonías o paisajes atrayentes...

Pero, ¿cuánto podemos dar por buenas esos tranquilizadores y asépticos relatos de una muerte sin problemas de conciencia, cuando, por el contrario, la Palabra de Dios nos exorta a “*velar*”, a “*esforzarnos por entrar por la Puerta estrecha*”, “*porque no sabemos el día ni la hora*”? ¿Serán quizás –excepto algún caso extraordinario, finalizado a una seria conversión– *un intento de fuga psicológica del momento presente*?

¿Y qué decir de *quien cree poder escapar quitándose la vida*, poniendo fin arbitrariamente al tiempo que Dios le había asignado?

Ahora hay una moda, señal del extravío del hombre y de la pérdida de la Fe: la creencia en la *reencarnación*. Es ignorancia del verdadero sentido de la vida, del fin único de esta vida, de nuestro breve paso por la tierra, que es la prueba de nuestra libre y definitiva respuesta a Dios.

Es *otra señal de fuga mental de la realidad presente hacia la irrealidad*: a través de un proceso de sucesivas reencarnaciones, la persona o su espíritu terminaría diluyéndose en una especie de “Nirvana” o de “Pleroma” universal... ¡en la nada!

Que semejante idea se encuentre entre los antiguos griegos o entre los hinduístas, no es extraño; pero no entre los cristianos, que tienen el testimonio de la Palabra de Dios: “*Y como está establecido*

que los hombres han de morir una sola vez, después de lo cual viene el juicio, así Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez definitivamente con el fin de quitar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, sin ninguna relación con el pecado, a aquellos que lo esperan para su salvación” (Hebreos, 9,27-28).

A propósito de lo cual, hay entre los buenos cristianos, por otra parte, una notable atención a los signos de los tiempos, a la Venida del Señor. Lo cual es sin duda positivo.

Debería ser un signo de Esperanza viva.

Temo sin embargo que para muchos sea tan sólo una curiosidad, otra moda, un tema para un debate.

¿Por qué, mientras estamos esperando que *“se cumpla la dichosa esperanza y venga Nuestro Señor Jesucristo”*, no vamos más a El y no nos esforzamos por tener más “aceite” para nuestras lámparas y ser así más luz del mundo?

¿No será tal vez otro modo de querer escapar de la opresión de la hora actual?

¿Acaso es el amor lo que alimenta la lámpara de nuestra fe y el anhelo de la esperanza?

* * *

La Venida gloriosa del Señor forma parte del Credo. Ahora muchos la indican como “su venida intermedia”. Se discute de ello en la Iglesia (no es un tema “cerrado”) y se habla del “*fin de los tiempos*” y del “*fin del mundo*”: ¿son lo mismo o no?

Antes de considerar, hasta donde sea posible, el misterio de los **tiempos**, que hoy día es objeto de tanto debate, quisiera más bien reflexionar sobre el misterio del **tiempo**, que considero aún más importante para nosotros, en cuanto al fin práctico de dar una respuesta a Dios.

* * *

“EL MISTERIO DE LA HORA PRESENTE”: el tiempo, la eternidad creada, la Eternidad increada

¡Que Dios me conceda hablar según su concimiento!

Vale la pena examinar la dimensión “**tiempo**” en el Proyecto de Dios, para comprender mejor la hora en que vivimos, adonde vamos y por tanto lo que debemos hacer.

Estas reflexiones no proceden directamente de la Revelación, si bien la Biblia puede ofrecer un motivo legítimo. No pretenden ser afirmaciones indiscutibles. Las propongo –repito– al buen sentido de quien lee y al juicio de la Iglesia, cuya Fe es mi regla de discernimiento.

Cada uno podrá tomar de lo que aquí lea lo que considere válido; pero observe que esta nueva comprensión de la realidad (la perenne conservación de todas las cosas) es coherente en sí misma y encaja bien con las verdades de fe reveladas y que la Iglesia profesa.

Agradezco al Señor de haberlas conocido mediante un modesto pero precioso libro del Dr. Ricardo Pérez Hernández (“*¿Qué hay más allá de este acá?*”, México, 1977, edición privada).

El tiempo para el hombre, el tiempo para Dios

2010. Veo el almanaque, miro el reloj: *es la hora presente para mí.*

Imagino que “lo que ha sido” hace pocos instantes sea simplemente lo mismo de ahora y tiendo a confundirlo, mientras que lo que ayer hice lo recuerdo más o menos, y lo que pasó hace un año se ha nublado mucho más en mi mente.

La evidencia de mis sentidos me lleva a concluir que cada cosa o circunstancia que (respecto a mí) pertenece ya al pasado, haya desaparecido en la nada, sin remedio y para siempre. Normalmente no hago mucho caso. Pero hay cosas que, diluyéndose con el paso inexorable del tiempo, me dejan y yo me quedo con el dolor “de la pérdida”.

En cuanto al futuro, fácilmente doy por seguro lo que deduzco a partir del presente y que elaboro en mi imaginación, a menudo movido por los vientos de la emotividad.

Como quiera que sea, ya sean cosas o eventos del pasado, ya sean cosas futuras, desde el momento que *están fuera de mi alcance y de mi conciencia*, me resultan desaparecidos para siempre o bien todavía inexistentes.

Por éso el paso del tiempo es para los hombres *un trágico fatalismo*, una continua muerte universal, sin regreso y sin esperanza.

¿Será lo mismo para Dios? ¿Se le escapará el tiempo de la mano? ¿Desaparecerá en la nada cada ser creado al ritmo del tic-tac del reloj? ¿Tendrá el Creador ese límite en su Omnipotencia, este defecto en su Providencia? ¿El Creador de cada ser y de cada acto de existencia sería tal vez capaz de conservar tan sólo aquel y no éste, como si fuera posible separar los seres de sus actos de existencia? ¿Acaso Dios está sujeto al tiempo? ¿No estará más bien el tiempo sujeto a Dios?

La hora presente a Dios es la entera Historia del mundo y de la Creación.

Dios es “El que ES”, Dios es Plenitud, Dios es en su Acto puro, único, absoluto, totalmente simple, infinito, eterno, que no tiene actos sucesivos. Dios no tiene un antes y un después.

Y si para Dios no existe el pasado ni el futuro, estos dos conceptos nuestros, que acompañan inexorablemente nuestra condición de criaturas, **no existen en la gran Realidad objetiva**. Son conceptos nuestros puramente *subjetivos*.

Sin embargo el tiempo es una realidad *objetiva*: es uno de los componentes esenciales de la Creación, del Universo creado, es su cuarta dimensión (además de las tres dimensiones del espacio: longitud, anchura y altura), es el modo de existir propio de cada ser creado, ya que por ser limitado no es capaz de tener o de realizar al mismo tiempo todas sus posibilidades, sino que *ha de pasar en momentos sucesivos de la posibilidad al acto de realizarla*.

El hombre no es puro espíritu, como los ángeles. El hombre no se posee ni se realiza a sí mismo en un solo acto exhaustivo, con una fuerza que abrace todo lo que él es, y por lo tanto de una sola vez, en una única decisión de aceptar a Dios, decisión en la que se exprese definitivamente por entero. Dios concede a cada hombre un arco de tiempo conveniente y suficiente, perfecto, en que pueda madurar su libre respuesta a Dios. Sólo al final de ese tiempo su respuesta (sí o no) llega a ser definitiva, con todas las consecuencias.

Pero en cuanto criatura, el hombre **siempre** tendrá que pasar de tantas posibilidades al acto de realizarlas; por tanto *habrá siempre el tiempo*.

En efecto, Dios recibirá gloria “por los siglos de los siglos”: *en un tiempo sin fin*.

Por consiguiente, **no habrá un fin del tiempo**. Cosa diferente del “fin de los tiempos”, un tema que en estas páginas no toco.

¿“Tiempo eterno”, por lo tanto? Aparentemente parece contradictorio, paradójico; ¿cómo se explica? El transcurrir del tiempo no existe para Dios, sino para la criatura. Lo que para nosotros es pasado, presente y futuro, para Dios es un solo acto eternamente presente. *“Ante Dios un día es como mil años y mil años como un solo día”* (2ª Pt 3,8). Dios tiene en mano todos los siglos y los milenios de la historia, los ve desde siempre y para siempre “con una sola mirada”, y también los que seguirán sin fin, después de la conclusión de nuestra historia, nuestro paso por la tierra.

¿El tiempo es eterno? No es una contradicción. Es verdad que el tiempo empezó con el comienzo de la Creación (“*en el principio*”), pero no tendrá fin (“*por los siglos de los siglos*” o “*en los siglos eternos*”).

Para mejor comprender –poco más que intuir– la realidad del tiempo y de la eternidad puede ayudarnos este ejemplo: Si vemos un desfile o una procesión por la calle, desde la puerta de casa, desde el momento en que pasa el primero hasta que pasa el último transcurren, por ejemplo, dos horas: un cierto tiempo. Si subimos a la terraza de un edificio alto, desde que vemos el primero hasta ver el último, el tiempo se reduce, dura menos, por ejemplo una hora. Y si lo vemos desde un avión, entonces vemos todo el desfile al mismo tiempo, no hay distancia de tiempo entre el primero y el último; en un instante vemos el desfile entero, con una sola mirada: así es la eternidad.

Hay que añadir que, como Dios tiene el tiempo en su Acto eterno, así es también para nosotros: nuestro tiempo que ahora vivimos no será seguido por la eternidad “que nos espera”, sino que *ya, en el presente, tiempo y eternidad son dos dimensiones, dos planos de existencia, dos realidades coexistentes, concomitantes*, y así serán siempre.

Nuestra eternidad ya está aquí y ahora, presente en cada acto de existencia (que está “enmarcado” en su correspondiente espacio-tiempo). Por tado cada acto es imborrable, imperecedero: cada instante de nuestra vida, como cada suceso, grande o pequeño, de toda la historia del Universo; es decir, todo, absolutamente todo, desde el momento en que recibe la existencia, perdura así para siempre, tanto el bien como el mal. ***¡Cada acto nuestro, en su instante, tiene valor de eternidad!***

Ningún acto de existencia perecerá, desaparecerá en la nada o a lo sumo quedará como un recuerdo. ¡Qué pobre de recursos sería Dios, si en el Cielo tuviera que recurrir a fotografías, a álbumes, a museos, a filmados o a grabaciones de “lo que fue”!

Los hombres siempre han expresado su instinto de eternidad con sus monumentos, retratos, etc. Quisieran retener todo lo que para ellos es querido y agradable. Han intuido que –después que Dios ha creado, o mejor dicho, crea– *“nada se crea ni se destruye, sólo se transforma”*; no deja de ser lo que es en un determinado espacio-tiempo, sólomente crece y se enriquece de nuevos actos de existencia, en espacio-tiempos sucesivos.

Los procesos biológicos de asimilación-eliminación, viendolos desde la perspectiva subjetiva de nuestro tiempo, de nuestro transcurrir, producen transformaciones de los seres vivientes, en las que pierden lo que son para adquirir los aspectos de lo que todavía no son. Pero contemplados desde la perspectiva de la eternidad, en realidad sólomente acumulan nuevos actos vitales, cronológicamente ordenados, cada uno en su correspondiente espacio-tiempo.

El mismo error de valoración que hacemos del tiempo lo hacemos también del espacio.

Los sentidos nos engañan, y así nos parece que “el tiempo pasa, pero no el espacio”. Pues bien, basta cambiar de perspectiva y mirar el espacio en torno a nosotros un poco más tarde: ¿qué es lo que vemos? Que el panorama ha cambiado, que muchas cosas que antes había ya no están en ese lugar o de la misma forma allí después, que en su lugar hay otras. Eso demuestra que *el espacio pasa junto con el tiempo*, que el espacio de este momento ya es diferente, se ha modificado, respecto al del momento anterior.

Espacio y tiempo son inseparables y forman “el marco” de los actos de existencia. “Pasan” los dos, según percibe nuestra conciencia; pero en realidad pasa lo contrario: *es nuestra conciencia la que pasa, la que viaja, a través de todos los espacio-tiempos de nuestra vida, y que dispone sólo del instante presente para actuar bien o mal.*

* * *

“Lo que Dios crea, El no lo destruye, sólo añade transformaciones”

“Pasarán el cielo y la tierra, pero mis Palabras no pasarán”

(Mateo, 24,35)

La Creación es inmortal

La Creación, de la que formamos parte, no es solamente la que vemos hoy y ahora, desde la ventanilla de nuestra “hora presente”; es también la que ya no vemos o que todavía no vemos, pero que es definitiva e indestructible realidad en el Querer eterno de Dios.

La Creación lleva en si la huella de todas las perfecciones de su Creador. *“Los cielos narran la gloria de Dios”, “los cielos y la tierra están llenos de su gloria”*.

Por eso toda la obra de la Creación **está siempre en acto**, no de realizarse (como Dios), sino de ser realizada por Dios. Su Querer eterno gobierna cada cosa: “no cae hoja que Dios no quiera”. Y si Dios pudiera “cerrar los ojos” por un instante, al volver a abrirlos se encontraría solo...

Además, la Creación **es incalculable** en sus *cinco dimensiones*: las tres del espacio, la cuarta del tiempo, y la quinta, que podríamos llamar “la eternidad creada”.

Por lo tanto, como ya hemos visto que *no habrá un final del tiempo, no habrá un final del mundo-Universo, del mundo-Creación*. Se completará su historia, como la historia de cada ser que forma parte de la Creación, y entonces ya no se añadirá ningún ulterior acto de existencia. Cesará el devenir. Según el devenir temporal que percibimos en esta vida, será el fin del mundo, pero cada cosa y cada ser del Universo subsistirá en mano de Dios en todos los momentos de su propia historia.

* * *

*“Para cada cosa hay su momento,
su tiempo para cada asunto bajo el cielo.
(...) Dios ha hecho bella cada cosa en su tiempo,
pero El ha puesto **la noción de la eternidad** en el corazón del hombre,
sin que pueda, sin embargo, comprender la obra realizada por Dios
desde el principio al final”*

(Eclesiastés, 3,1 y 11)

“**La eternidad creada**” o quinta dimensión de la Creación, es precisamente la perenne y definitiva conservación de toda la Obra de la Creación, *de todos los instantes de su historia*, de todos sus cambios y transformaciones, de todos los sucesos ocurridos en ella, presentes ante Dios, conservados vivos, “en directo”, tal y como han pasado, como suceden. En ella están presentes todos los actos de existencia, cronológicamente ordenados, cada uno en su propio “espacio-tiempo”.

Es creada, porque no forma parte del Ser Divino; por lo tanto ha tenido su comienzo cuando empezó la Creación (y con ella también el espacio y el tiempo), pero no tendrá fin. Si el Acto creador de Dios pudiera terminar –lo cual es imposible–, se acabaría la Creación, y se acabaría en todas sus cinco dimensiones.

En una palabra, al considerar *la hora presente* hace falta tener en cuenta:

- **el tiempo**, la dimensión que continuamente experimentamos y en la que tienen lugar sucesivamente todos los actos de existencia de cada ser creado;
- **la eternidad creada**, la dimensión en que se conservan en acto siempre presente y cronológicamente ordenados todos los actos de existencia de cada criatura y de todo el Universo,
- **y la Eternidad increada**, la dimensión propia de la Vida de Dios, su Acto absoluto, único y eterno. En ese Acto, el acto de Querer de su Voluntad, en que Dios expresa todo su Amor, El tiene todas sus posibilidades perfectamente realizadas.

El tiempo es entonces una realidad objetiva; por otra parte “*pasado*” o “*futuro*” son conceptos nuestros puramente subjetivos, si bien necesarios. ¿Cómo se explica la aparente contradicción?

- Porque tenemos a disposición solamente **el momento presente** para fijar nuestra historia, mediante las decisiones de nuestra voluntad, caracterizada por el libre albedrío.

- Y porque **nuestra conciencia** se halla férreamente atada al momento presente y no es libre de percibir y disponer de todos los demás actos nuestros de existencia. Somos capaces de modificar de algún modo el espacio, pero no el tiempo. Podemos saltar en el espacio y reducirlo con vehículos más veloces, pero no se nos concede saltar en el tiempo, por ejemplo del lunes al jueves.

¿A qué se debe esta limitación, esta falta de posesión y de dominio de nuestra propia vida, durante todo lo que dura su desarrollo o cumplimiento? No debemos interrumpir el proceso lógico, no sirve decir: “tenemos este límite y no tiene explicación”.

El hombre por sí solo no es capaz de dar una respuesta a las cuestiones esenciales que afectan a su origen, a su destino, a su verdadera naturaleza, a su vocación, a su papel y a su misión en el Universo, lo mismo que un niño pequeño no es capaz de saber por sí mismo cómo se llama, quiénes son sus padres, ni nada. Tal vez es hijo del rey o heredero de una inmensa fortuna, pero él no lo sabe. Necesita aceptar el testimonio de otro; en resumidas cuentas, el testimonio de quien lo ha traído al mundo. Nos hace falta **el testimonio de Dios**.

¡Ay de quien lo desprecia! ¿Qué sería de ese niño, si no creyera en el testimonio de su padre? ¿Qué será del hombre que desprecia –tantos lo hacen– el testimonio que Dios le da?

¿Y qué nos ha hecho saber Dios?

Que el hombre –que entre todos los seres ha sido creado “*a su imagen y semejanza*”– habría debido vivir como tal, sin perder su puesto, con la verdadera realeza y dominio sobre todo lo creado; pero que desde el momento de la prueba rompió la unión con su Creador y Padre (el pecado original). Así se degradó, perdiendo la semejanza con Dios, perdió su condición de hijo y todos los dones sobrenaturales y preternaturales, que no formaban parte de su naturaleza. Entre tantos dones, perdió la vida, quedó sujeto a la muerte, **a la muerte bajo todo aspecto**.

Lo cual lleva consigo la pérdida de la posesión y del dominio del tiempo de su propia vida, **no teniendo ya conciencia de sus propios actos de existencia**, excepto el acto del momento presente, porque es el acto que debe decidir y fijar para siempre.

Aparece como justo castigo, pero también como misericordiosa providencia del Padre, que nos hace más sencilla y fácil la tarea de nuestra *prueba terrena*.

Nuestra alma espiritual es súmamente sabia, sabe gobernar maravillosamente nuestro ser en toda su complejidad, en todas sus funciones químicas, físicas, biológicas, fisiológicas, psíquicas y espirituales, durante todo el tiempo de nuestra vida. Pero *a nuestra conciencia se le escapa casi todo...*, ¡y no digamos, además, de todos los momentos que ya no están en nuestro presente! ¡Qué complicación y qué peligro sería, si tuviéramos que gobernar conscientemente y momento por momento la inmensa complejidad de nuestra química atómica, a nivel de células, de moléculas, de átomos, etc.! ¡Y nuestra biología, nuestra materia y las diferentes energías, nuestra fisiología, nuestra psicología y nuestra vida espiritual, además de todas las cosas externas!

Nuestra conciencia, reducida al presente, queda así liberada para poder dedicarse *“a la única cosa necesaria”* que nos ha dicho Nuestro Señor: superar la prueba de la vida terrena, conociendo y amando a nuestro Dios y Padre y haciendo su Voluntad, y de esa forma salvarnos.

Dios llama al hombre, como hijo e imagen del Creador, a que colabore con El en la Obra de la Creación; en primer lugar, en la creación de su propia vida di prueba sobre la tierra y después vida gloriosa en el Cielo. Por eso el hombre tiene que pasar *el riesgo del momento presente, en el que tiene lugar su prueba de fidelidad*.

Pensemos en una máquina de coser: sobre la tela de nuestra existencia debemos bordar el diseño de nuestra vida. El diseño está establecido por la Voluntad del Señor, el hilo es nuestra voluntad libre, el sube y baja de la aguja es cada momento presente, y el trabajo realizado permanece inviolablemente guardado en el estuche de la quinta dimensión o **“eternidad creada”**.

Los actos de existencia que forman nuestra vida quedan para siempre, mientras que se terminará la condición de **prueba**, tanto de nuestra vida, como de la vida de la humanidad en su conjunto.

Nuestra prueba terminará en el momento de la muerte (Y si no hubiera habido el pecado, la prueba hubiese terminado sin morir).

La prueba de la entera humanidad, es decir, su tiempo histórico, la creación de la humanidad en cuanto tal hasta cuando será completa y **perfecta**, como Dios la ha querido, terminará en aquel supremo evento, semejante a nuestra muerte corporal, que se conoce como “el fin del mundo”.

Pero la última palabra no es “muerte”, fracaso de Dios, sino “resurrección”, su victoria. En efecto, habrá *“nuevos cielos y una tierra nueva, en los que tendrá estable morada la justicia”* (2ª Pedro, 3,13). *“He aquí que Yo hago nuevas todas las cosas”* (Apoc. 21,5): “Nuevas”, no “diferentes”. La nueva Creación ha empezado ya, en la Resurrección de Cristo.

Y repito que “fin del mundo” no significa destrucción o aniquilación del Universo o de la Obra de la Creación; es otra cosa, como veremos. **Lo que Dios crea no está sujeto a perecer.**

La prueba es única, y única es la vida de prueba

La prueba tiene lugar durante todo el tiempo de nuestra vida terrena y consiste en demostrar con hechos nuestra fidelidad a la Voluntad del Señor. Un acto de voluntaria adhesión, sin constricción alguna: una prueba, pues, de amor.

Ello requiere que tenga lugar en la fe y no en la evidencia de la visión. Fe y visión caracterizan respectivamente la vida terrena de prueba, hasta la muerte, y la vida celestial de quien ha vencido en la prueba.

Y si la prueba es única, el ámbito en que se desarrolla es único, ésto es, **la vida terrena y la historia de la humanidad tienen lugar una sola vez.**

Pues bien, dice la carta a los Hebreos, 9,24-28: *“Cristo no entró en un santuario hecho por mano humana, figura del verdadero, sino en el mismo Cielo, para presentarse ahora ante Dios en favor nuestro. Y no entró para ofrecerse muchas veces, como hace el pontífice, que cada año entra en el santuario del Templo con sangre ajena; de lo contrario haría falta que sufriera muchas veces desde la creación del mundo. Pero ahora una sola vez, en la plenitud de los tiempos, se ha manifestado para destruir el pecado mediante su propio sacrificio. Y como está establecido para los hombres que*

han de morir una sola vez, después de lo cual viene el juicio, así también Cristo, después de haberse ofrecido una sola vez para cargar sobre El los pecados de todos, aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, a aquellos que Lo esperan para recibir la salvación”.

“A tus fieles, Señor, la vida no les es quitada, sino transformada”

Terminará **la prueba** de nuestra vida, pero no nuestra vida; además quedan para siempre en acto todos los actos de existencia quee la forman, de la forma como han sucedido en nosotros y en torno a nosotros.

Eso significa que nuestra alma espiritual (que es única), después de la muerte en Gracia de Dios, o sea, después de haber superado bien la prueba, tendrá la posibilidad de **animar conscientemente cualquiera de nuestras propias fases corporales**, la posibilidad de **revivir todos los momentos que desee de su vida**, que podemos llamar **“anterior”, pero no “pasada” o desaparecida**.

Pues –repito– ninguna de nuestras fases corporales está sujeta a perecer, desde el momento que estan en el Acto eterno de Dio Creador. En realidad, a cada instante corresponde una fase.

Nuestro espíritu podrá revivir “sua” vida, en sus distintas escenas, *para glorificarlas* (si está en el Cielo), o *para purificarlas* (si está en el Purgatorio), mientras que las escenas de la vida de quien se haya condenado quedarán como testimonio *de su perdición*.

Nuestro espíritu podrá revivir los momentos *que quiera*, en plena libertad, siguiendo las sugerencias amorosas del Altísimo, o bien los *que deba* (siempre según el Querer de Dio), para cancelar las cosas que no sean conformes con la Voluntad Divina.

Los momentos que preceden la muerte (la muerte real) son sin duda de una intensa actividad espiritual. La Bondad de Dios le hace que haga un preciso y tremendo “exámen de conciencia”, en vista a que pueda hacer un último y decisivo acto de contrición, de conversión o de libre adhesión a Dios. Y puesto que en el Cielo entra sólo quien es inmaculado, del “film” de la vita ha de ser reparado cada “fotograma” dañado. Es esa “película” de la vida, rapidísima, de la que tantos han hablado.

El tiempo, en ese trance, seguramente transcurre con un ritmo bien distinto del que conocemos; además, la distancia que separa “las dos orillas”, de más acá y del más allá, parece que no sea igual para todos.

Son cosas que sólo Dios sabe; a nosotros no se nos concede saber todo, y en mi no saber me abandono con confianza a su Amor misericordioso. Ya es tanto, pero tanto, los que nos ha concedido que sepamos...

Pero para quien está “en la otra orilla”, la “película” no es un sueño o un recuerdo, se revela realidad; pero una realidad presente, viva: ahí está todo, non falta nada, ni el más pequeño detalle.

Es hora de emprender **la transfiguración** de su vida, quien ha vencido en la prueba. Aún no ha llegado el momento de la resurrección corporal de los muertos, pero el alma recupera después de la buena muerte la posesión efectiva de su vida vivida.

“¡Dichosos los muertos que mueren en el Señor! Sí, dice el Espíritu (Santo), descansan desde ahora de sus fatigas, porque sus obras los acompañan” (Apocalipsis, 14,13)

No sólo los acompañan como “mérito”, sino en cuanto obras.

Nuestro cuerpo único consiste en nuestros cuerpos

Unico es nuestro espíritu, nuestra alma espiritual; al ser espiritual y no material, es simple e indivisible, indestructible e inmortal.

Por el contrario, nuestro cuerpo material, aun siendo también uno, es múltiple. Basta ver tantas fotografías nuestras: ¡cuántos cambios! Embrión, feto, recién nacido, niño, adolescente, joven, adulto, anciano...: ese es el hombre completo; además, todas las innumerables fases intermedias, las de todos los instantes de la vida.

¿Cuántos son los instantes? ¿Cuántas son las fracciones reales en que se puede dividir un segundo? Sólo Dios lo sabe. ¿Y cuántas cosas suceden realmente en una de esas fracciones? ¿A qué ritmo pueden ser vividas? Pues es lógico que el tiempo, como la velocidad de propagación de la energía, deba tener innumerables “longitudes de onda”, así como “frecuencias”, y estar ambas en relación inversamente proporcional.

¡Qué insondables abismos se intuyen en esta misteriosa cuarta dimensión o tiempo! En él *está* nuestro ser completo, alma y cuerpo, y a través de él *viaja* nuestra conciencia.

Como la luz visible es una y es blanca, pero está en realidad compuesta por los siete colores del espectro, con todos los matices intermedios, así nuestro cuerpo es uno solo, *viendolo desde la perspectiva del tiempo*, pero es múltiple (con un número incalculable, si bien limitado, de “cuerpos”), *viendolo desde la perspectiva de la eternidad creada*. Nuestro espíritu los anima a todos, no deja de ser el alma que vivifica y anima a cada uno (Veremos más adelante en qué consiste la muerte).

Cuerpo y alma son dos realidades distintas, pero inseparables: están hechos el uno para el otro. Si el cuerpo en un determinado momento deja de ser animado por el alma, deja de ser cuerpo en ese momento y a partir de ese momento. El alma espiritual del hombre, cuando abandona su cuerpo en la muerte, no muere con él, como sucede con el alma material de los animales y de las plantas, que son seres “animados” y por eso son vivientes.

Estamos hablando desde la perspectiva del tiempo. El cuerpo del último momento, el de la muerte, se vuelve cadáver; pero no el cuerpo del instante anterior, ni de todos los otros momentos de la vida, a los cuales el alma no ha dejado de animar (la “forma sustancial” de cada uno).

El cuerpo esconde y manifiesta el espíritu; a la vez *lo cubre y lo revela*. Pero en esta vida de prueba, la capacidad del cuerpo de manifestar el espíritu (lo que es y de qué cosa es capaz) es muy reducida. El espíritu no puede revelarse perfectamente en el cuerpo, a causa de la debilidad propia del cuerpo y lo inadecuado de la materia. Para poder hacerlo hace falta la “transfiguración” o “transformación” gloriosa del cuerpo, según el grado de gloria del espíritu.

S. Pablo dice: *“Os declaro un misterio: todos dormiremos, pero no todos seremos transformados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque de la última trompeta (pues tocará la trompeta), los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados”* (1ª Cor., 15,51-52, según el texto de la Vulgata).

Nuestro cuerpo es como una gran baraja. Cada acto de existencia, en su correspondiente espacio-tiempo, es como una carta tridimensional y viva, que se va añadiendo a todas las anteriores. Nuestra conciencia, atada al momento presente, ve solamente la última carta, pero todas las otras, absolutamente todas, están presentes, no han sido destruidas.

Pensemos en una cámara de filmar. La “película” de nuestra vida va pasando por delante del objetivo del momento presente y se realiza la filmación de lo que verdaderamente somos: nosotros somos nuestra persona, nuestros actos y nuestra vida. Cada fotograma corresponde a un espacio-tiempo, en el cual, al pasar por el momento presente, se fija un acto de existencia, que se añade a los precedentes para formar el film de nuestra vida, cuyo guionista y director es Dios.

Y la película queda para siempre. Esa y no otra diferente queda para siempre, lista para poder ser proyectada (revivida), por entero o en cualquier escena o fotograma, una vez superada la prueba.

La unidad y la unicidad de la película es dada por nuestra única alma espiritual, la cual en cada fotograma (o sea, en cada espacio-tiempo) posee y gobierna nuestra materia, nuestras diferentes energías, nuestra situación y actos vitales a nivel químico, físico, biológico, fisiológico, psíquico y espiritual, que vivimos y somos en ese instante.

Nuestro espíritu nunca se desencarna

Nuestra alma, en cuanto espíritu, a imagen de Dios, es *“voluntad e inteligencia en acto”*. Y en cuanto alma necesita —porque si no, no sería alma— de su cuerpo.

Esta claro que alma y cuerpo son dos cosas perfectamente diferentes, pero se necesitan mutuamente; no se explica una sin la otra. Es rigurosamente inexacta la idea de considerar el cuerpo como un simple habitáculo del espíritu. De constatar cuánto nos oprime y nos limita el cuerpo, y de la intuición de cuánto esté ofuscado nuestro espíritu por estar encerrado en nuestra parte material, (lo cual se explica por el pecado), no se puede sacar la conclusión de que el cuerpo sea para el alma ni más ni menos que lo que es un vestido para el cuerpo, o la morada o la cárcel para el que vive en él.

San Pedro llama al cuerpo *“nuestra tienda”* y San Pablo *“nuestra morada terrena”*, pero ellos hablan (como habla toda la Sagrada Escritura) adaptándose al lenguaje común de la gente y *desde la perspectiva de la experiencia universal de los sentidos*.

El cuerpo –por usar una comparación– es para el alma mucho más que una morada o un vestido: es como su “piel”. Por medio del cuerpo nuestro espíritu se deja ver, actúa, se manifiesta y se relaciona con todo lo creado. Un vestido podemos dejarlo y podemos ponernos otro; una casa puede ser habitada primero por una persona y después por otra. Pero el cuerpo no es eso. No es como los productos de nuestra sociedad de consumo, “usar y tirar”. No se nos da otro, porque, tanto el cuerpo como el alma, no son algo que *tenemos*, sino que son lo que *somos*.

¿Y cómo tratamos el cuerpo *que somos*, “miembro de Cristo y templo del Espíritu Santo” (1ª Cor., 5,15 y 19), no en función de nuestro egoísmo, sino de la vida con Dios, la gloria de la Vida Eterna, que Dios nos ha preparado? “*Porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir cada uno la recompensa de lo que ha hecho de bien o de mal, mientras ha vivido en el cuerpo*” (2ª Cor., 5,10).

Nuestra alma nunca deja de ser al alma de cada uno de sus actos de existencia, el principio vital y “la forma sustancial” de su cuerpo (sin el cual no sería alma), de cada uno de sus “cuerpos”, a excepción de su último cuerpo, el del *último* instante, que deja de ser su cuerpo y se vuelve su cadáver. Muere sólo *el último cuerpo*, no el del penúltimo instante, ni de todos los anteriores instantes de su vida, los cuales, habiendo cruzado el peligrosa umbral del instante presente (el único en que se pueden modificar las cosas), han quedado establecidos definitivamente.

Dicho de otro modo, nuestra alma espiritual *nunca se desencarna*, nunca pierde su entidad de alma respecto a su cuerpo (cuerpos), de los cuales pierde sólo el último, a causa de la muerte. ***Y no se reencarna lo que nunca se desencarna.***

Los interlocutores del más allá

La realidad de la vida “más allá de la vida” (o bien “más allá de la muerte”) no es sólo una aspiración innata e imposible de sofocar en el hombre, como demuestra la experiencia de cada uno y la historia de todos los pueblos y de todas las religiones, sino además un hecho del que existen incontables pruebas y testimonios. Del más allá llegan sin cesar “contactos”, pruebas, ayudas (y también peticiones de ayuda), avisos, mensajes, exhortaciones...

Todo ello **no es un problema** (menos para quien es agnóstico o materialista).

El problema para todos los demás es: ¿quienes son esos interlocutores? ¿Qué dicen? ¿Con qué criterios podemos y debemos creerles o rechazarles?

Naturalmente, el primero que nos habla de muchas formas es Dios.

Existen además otros muchísimos interlocutores: algunos en nombre de Dios y por iniciativa Suya, por nuestro bien; otros lo hacen bajo apariencia de bien –permitiéndolo Dios–, buscando nuestro mal. El Señor nos ha dicho: “*Por sus frutos los conoceréis*”.

Y San Pablo: “*No apagueis el Espíritu, no desprecieis las profecías; examinad cada cosa y quedaos con lo bueno*”. (1ª Tes., 5,19-21)

Y San Juan: “*Amadísimos, no deis fe a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han aparecido en el mundo. Podeis conocer el espíritu que es de Dios por esto: todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en la carne, es de Dios; pero todo espíritu que no confiese a Jesús, no es de Dios, es del anticristo, del cual habeis oído que está por llegar y que ya está presente en el mundo*”. (1ª Carta, 4,1-3)

Pero volvamos a nuestro tema.

Vivir para siempre: revivir consciente y gloriosamente, o bien reencarnarse ?

Son dos hipótesis totalmente diferentes, incompatibles. Pero, mientras la primera, objeto de estas reflexiones, se presenta en plena sintonía con la Rivelazione cristiana, cuyos misterios no suprime, la otra la contradice de un modo esencial; no me detengo aquí a analizar esa doctrina y sus argumentos, tan pretenciosos como inútiles.

Una cosa es que después de la muerte –en el caso de haber superado bien la prueba– tengamos a disposición integralmente nuestra vida, para revivirla de un modo nuevo, celestial, glorioso, todas las veces que queramos, animando *conscientemente* cualquiera de nuestras fases corporales ya vividas y fijadas para siempre, además de una infinidad de nuevos actos de vida celestial, que Dios nos

presentará y ofrecerá “por los siglos de los siglos”, para que los vivamos con uno de los muchos cuerpos de nuestro único cuerpo.

Bien diverso sería la aniquilación total de nuestra vida, a medida que nuestro presente va pasando detrás de nuestra conciencia y se vuelve “pasado”. Si así fuera, se perdería entonces el cuerpo en todas sus fases corporales; perecerían entonces todas las personas y las cosas que tienen alguna relación con nosotros en los distintos espacio-tiempos. Y aniquilandose totalmente la existencia vivida (¡que es vida de *prueba*, no olvidemoslo!), se debería vivir en ese caso un impreciso número, tal vez sin fin, de otras vidas y en otros cuerpos.

Es lo que se conoce como “transmigración de almas” o “reencarnación”.

Entre los muchos fenómenos que la parapsicología recoge (aparte los otros muchos que se cuentan, sin posibilidad de hacer discernimiento), está la precisa sensación de conocer ya una persona, que estamos seguros que nunca antes hemos encontrado, o un lugar en el que nunca hasta entonces hemos estado, o bien el conocer de antemano hechos futuros y libres, o cosas del pasado, incluso remoto, o tal vez conocido sólo por la persona a quien se refieren, etc...

La subsistencia de todas las cosas y de todos los momentos para siempre, y el dominio que nuestra alma tendrá de todo el tiempo y no sólo del instante presente –dominio al que en ciertas ocasiones algunos pueden acceder por un instante, siendo todavía viadores–, ofrecen una válida explicación de esos fenómenos y de muchos otros.

No hace falta recurrir a la teoría de la “reencarnación”, que, además de que no explica muchos de esos hechos, no deja espacio a la individualidad irrepetible de la persona humana, a la auténtica motivación religiosa de la vida moral, a la resurrección universal al final de la historia, a la justa y definitiva retribución que la Justicia divina dará a cada uno en el alma y en el cuerpo, además de privar de sentido la Encarnación del Hijo de Dios y la Redención, etc.

El bien y el mal de los actos. ¿Qué quedará para siempre?

Hemos dicho que todos los actos de existencia quedan fijados para siempre, así como han ocurrido, “tanto en el bien como en el mal”, ¡pero **atención!**

La belleza o fealdad de cada “fotograma”, el bien o el mal de cada situación de nuestra vida, no está en la situación que se vive, sino en “*cómo*” se vive: si es en conformidad o en desacuerdo con el proyecto de la Voluntad Divina. **El bien o el mal** no está en “si nos gusta”, si va de acuerdo con nuestra voluntad, sino si va de acuerdo con la Voluntad de Dios.

Dicho de otra forma: los hombres decimos “buenas” o “malas” las cosas y las situaciones desde un punto de vista enormemente egoísta e increíblemente miope, conforme a la medida de nuestra pequeñísima razón y de nuestra sensibilidad, ofuscadas y desordenadas a causa del pecado. Tenemos urgente necesidad de recurrir mediante la fe a la enseñanza de Dios, para comprender lo que es verdaderamente **el bien y el mal**.

Las “escenas” de nuestra vida vivida son buenas, si son según el Querer de Dios (aun cuando tantas veces sean para nosotros dolorosas o humillantes); son malas, si no corresponden a su Voluntad (aunque hallemos en ellos alguna momentánea satisfacción o placer).

¿De unas y otras, qué quedará para siempre?

Respuesta: *“Todo lo que es del mundo, la concupiscencia de la carne, de los ojos y la soberbia de la vida, no viene del Padre, sino que es cosa del mundo. Y el mundo **pasa con sus concupiscencias; pero el que hace la Voluntad de Dios permanece para siempre**”* (1ª Juan 2,16-17).

Es evidente la respuesta: quedará todo lo que es bueno, todo lo que es querido por Dios, todo lo que está presente en el Acto Creador de Dios.

Pero todo lo que es malo, o sea, no querido por Dios, desaparecerá, así como será aniquilada la muerte, el último enemigo, porque el mal no “**es**” algo, sino privación de un bien, es una cosa puramente negativa.

Los momentos de dolor y los momentos de pecado

Quien “muere en el Señor”, es decir, quien supera la prueba de la vida según la Voluntad de Dios, tendrá a su disposición todos los momentos tristes o dolorosos de su vida, hasta en los mínimos

detalles, para poner felicidad donde tuvo sufrimiento, gloria donde tuvo humillación, riqueza en lugar de miseria, gozos espirituales, psíquicos y corporales (en los cinco sentidos) donde tuvo otros tantos correspondientes dolores. *“Hijo, acuerdate de que has recibido tus bienes durante la vida así como Lázaro sus males; pero ahora él es consolado y tú estás en medio a tormentos”* (Lc 16,25).

Tendrá a su disposición, para animarlos de un modo consciente con su espíritu glorificado, aquellos momentos de *su* vida y aquellos cuerpos *suyos* que quiera y todas las veces que quiera.

Los seres creados –otras personas, animales, plantas, cosas inanimadas– que forman parte de cada escena y de cada fotograma de su vida, esperan con impaciencia ser **visitados de nuevo** en esos momentos, para recibir del hombre glorificado nuevos grados de gloria y felicidad, y para darle a su vez esa gloria, felicidad y riquezas que Dios ha puesto en cada criatura. Porque Dios directamente constituye la Gloria esencial de los bienaventurados comprensores; pero también indirectamente, por medio de todos los otros seres de la Creación, nos quiere añadir una gloria y felicidad secundaria o accidental.

En las mismas escenas vividas y fijadas para siempre, *la única cosa que desaparecerá será todo lo que es mal*, es decir, **el mal moral, el pecado**, y todo lo que desorden y consecuencia física o moral del pecado. En el Cielo, del pecado y de sus consecuencias no quedará nada, “ni siquiera el recuerdo”. **Sólo el pecado perdonado desaparecerá para siempre.**

El Purgatorio

Por tanto, ¿dónde está **el Purgatorio**? Precisamente, en el ámbito de la eternidad creada, en la perenne conservación de todos los actos y de todos los momentos vividos.

Allí es donde el hombre puede hallar exactamente “aquel sí mismo” de tal momento determinado, en que hizo aquella determinada cosa en contraste con la Voluntad de Dios, y donde se le concede poder reparar con una específica conversión, poder revivir aquel preciso espacio-tiempo con una voluntad que con dolor borre el mal que hizo y con amor abrace la Voluntad Divina.

Esa conversión póstuma o purificación del Purgatorio supone necesariamente el tiempo. Por lo demás, Jesús enseña en el Evangelio que el Purgatorio acabará, cuando “las almas” que se encuentran allí terminen su purificación, cuando *“hayan pagado hasta el último céntimo”* (Mt 5,26), y con el Juicio final se establecerá de forma definitiva y pública la comunión de amor y de vida con Dios, o bien el rechazo definitivo de Dios. Es decir, que quedarán sólo **el Cielo** y **el infierno** por los siglos de los siglos.

El Purgatorio es una conversión dolorosa, independiente del grado de conocimiento de Dios y de la Verdad que se ha tenido, pero esencialmente en relación con las actitudes y los actos de la voluntad. Es decir, que el alma “va” a su propio Purgatorio, no por la doctrina que haya profesado (si la ha profesado con sinceridad o de buena fe), sino por los rechazos que voluntariamente haya hecho de la Voluntad del Señor, conocida en su conciencia, ya que en eso consiste el mal y el pecado.

Esa **conversión o Purgatorio** tiene lugar en la medida que el alma ve claro lo que habría debido ser su vida y cómo habría tenido que ser fiel en su conciencia a la Voluntad de Dios; en la medida que comprende la verdad de sí misma, de sus criterios, de sus valores, de sus querer, de todas las cosas en relación con ella, y de Dios.

Ve claro en la medida que recibe Luz de Dios; y recibe Luz en la medida que su voluntad se vuelve hacia Dios, se vuelve “buena voluntad”, se separa de sus apegos y de sí misma. Si no lo ha hecho a tiempo en su vida mortal, cuando se merece, tendrá que hacerlo después de la muerte, cuando ya no se merece.

Sólo a la luz de la Verdad va comprendiendo en qué no ha correspondido al Amor de su Creador, en qué Lo ha defraudado de forma culpable, en qué Le ha negado la gloria, en qué ha estropeado las diferentes escenas que el Señor le había preparado, dónde ha dejado vacíos de amor en su vida. Ese Amor ardiente de Dios atrae irresistiblemente a la criatura, que se siente quemar y consumir por el deseo de Dios, pero no puede acercarse a El todavía porque no es capaz, se siente que no se le parece, que no es semejante a El, separada de El por su comportamiento. Es el gran dolor del Purgatorio, fruto del amor y del deseo de Dios, además de ser obra del Amor de Dios que la va trabajando y purificando para hacerla digna de El.

En la medida que va conociendo, así va amando y se va transformando, hasta alcanzar el grado al que Dios la predestinó al crearla.

Siendo el Purgatorio una situación *transitoria, temporal*, de preparación al Cielo, hay tantas diferentes situaciones o grados.

Hay en él quien todavía carece espiritualmente de la luz de conocimiento, hay quien se encuentra en una fase de purificación transitoria, desapegándose con dolor y desilusión de todo lo que había buscado en sí mismo y en las criaturas y no en Dios; hay quien ya está liberado del mal, pero que todavía no tiene el bien que habría debido tener, o sea, ya no está en el sufrimiento, pero está todavía en espera de su felicidad, o que aún no la tiene completa... Es decir, hay quien tiene “el recipiente” de sí mismo lleno todavía de cosas extrañas a Dios, cosas sucias, indignas o de ningún valor; hay quien ya se ha vaciado de todo eso, pero “su recipiente” aún está o menos sucio; hay quien ya lo tiene limpio o purificado, pero todavía vacío de Dios, en espera de llenarse, y es lo que alguien ha llamado “la antesala del Paraíso”, donde gozan ya de la compañía de ángeles y bienaventurados comprensores de la Patria Celestial, e incluso de la Stma. Virgen, pero aún no ven a Nuestro Señor; y hay quien ya es capaz de ver su Adorable Humanidad, pero espera el momento, apenas esté en condiciones, de ser admitido a contemplar y a gozar la Divinidad.

Lo cual es ya propiamente el Cielo.

La confirmación definitiva. El Cielo y el infierno

“*En la Casa de mi Padre* –ha dicho Jesús– *hay muchas moradas*”, tantas en realidad cuantas son las criaturas. No un solo cielo, sino cielos sin número. Cada bienaventurado es un cielo todo especial, que lo lleva consigo dondequiera que va; un cielo del que forman parte otros muchos cielos, de tantas otras personas glorificadas, espíritus puros (ángeles) y hombres.

Pero es más: cada glorificado, en su propio cielo tiene muchos cielos, cada uno con su particular conocimiento, gloria, dominio, riqueza y felicidad. Son los diversos cielos de las virtudes poseídas y libremente practicadas en la vida de prueba, sobre la tierra; de los momentos en que ha sido fiel a la Ley de Dios; de los momentos concretos en que ha vivido en conformidad con la Voluntad de Dios.

Son cielos que el hombre se debe preparar desde la tierra, con la ayuda (la gracia) del Señor. La vida en la tierra es para sembrar y cultivar precisamente todo lo que recogeremos como fruto en el Cielo.

Cada día y cada momento de nuestra vida tiene como fin, como explicación, preparar nuestro Cielo, ser vivido por nosotros de modo tal que se pueda “trasplantar” al Cielo. En cada instante Dios nos ofrece una gracia suya, una ayuda para que sea “una prenda de la Gloria futura”. Por eso rezamos: “*Padre nuestro, que estás en los cielos*”.

El Cielo, por lo tanto, no es un recinto especial, por más que sea inmenso, como podría ser un gran estadio o una catedral. El Cielo –como lugar– es el entero Universo maravilloso, estructurado por Dios en la inmensidad de sus cinco dimensiones. El Cielo está donde está Dios como vida y recompensa de sus hijos fieles, es decir, dondequiera que esté el hombre redimido y glorificado. El hombre sobrenaturalmente vivo, en Gracia, ya en vida mortal posee en germen o en gestación el Cielo.

Por tanto, el Cielo –igual que el Purgatorio y el infierno–, no es tanto un lugar cuanto una situación, una condición de vida: la vida del hombre vivida en el espacio de toda su existencia.

Si cada acto de existencia terrena debe trasplantarse al Cielo y “transformarse”, entonces cada acto y cada momento de la vida vivida podrá ser vivido de nuevo de un modo glorioso y celestial.

La Biblia no habla directamente de estas cosas, porque sin duda no son necesarias para nuestra salvación y **porque el hombre, al que se dirige, vive atado al presente y en la imposibilidad de ver desde arriba, desde una perspectiva sobre-temporal.**

Por eso, a la pregunta de San Pablo: “*Pero alguien dirá: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida?*”, él mismo responde: “*¡Tonto! Lo que tú siembras no nace si no muere; y lo que siembras no es el cuerpo que ha de nacer, sino una simple semilla, por ejemplo, de trigo o de otra cosa, y Dios le da el cuerpo como ha querido, a cada semilla su propio cuerpo [...] Se siembra en la corrupción y se resucita en incorrupción; se siembra en ignominia y se resucita en gloria; se*

siembra en debilidad y se vuelve a levantar en poder; se siembra cuerpo animal y se resucita cuerpo espiritual [...] Pero os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el Reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción. Os anuncio un misterio: todos dormiremos, pero no todos seremos transformados. [...] Porque es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad, que este ser mortal se revista de inmortalidad” (1ª Cor., 15, 35-53)

La resurrección será de lo que ha muerto: el cadaver, el cuerpo que falta, el del último instante.

“*A cada semilla su propio cuerpo*”, no otro diferente, aunque sí distinto en su condición: el cuerpo recuperado en la resurrección será glorioso e incorruptible. **Y gloriosas, incorruptibles e inmortales serán todas las fases de nuestra vida mortal. Tienen que ser “transformadas”.**

El cuerpo que tendremos en el Cielo eternamente no será el que habremos tenido en el momento de la muerte, si bien ya será resucitado y glorioso. O mejor dicho, será *también* ese, pero no nos faltará el otro de cuando eramos niños o el de nuestra juventud o madurez. No seremos eternamente un retrato de nosotros mismos.

De ese modo de entender la vida de los bienaventurados en la Patria resulta una idea reductiva y muy inexacta del Cielo, imaginandolo poblado por personas en su mayor parte ancianas, los Santos, con actitud grave, entre las nubes, ensimismados o estáticos en sus mantos y túnicas, y tantas barbas blancas... Es la idea que refleja y sugiere la pintura clásica.

La Patria celestial es una sola, pero hay en ella tantas moradas, tantos cielos. Un Cielo estático, un Cielo uniforme, un Cielo semejante a audiencia de un rey en el salón del trono, un Cielo con portón y cerrojo y San Pedro de portero, un Cielo “desencarnado”, fuera de la Creación, del espacio y del tiempo, está sin duda muy lejos de la realidad.

La inmensa felicidad y el amor de poseer para siempre el único y sumo Bien, Dios, no tiene nada que ver con esa representación.

No sólo tendremos a disposición el breve tiempo de nuestra vida, sino toda la Creación y toda la historia del mundo y de la humanidad. Todos los sucesos, de los que entonces apreciaremos y visitaremos, no tanto los que ahora más interesan a los hombres, sino los que más interesan a Dios, los actos de virtud, de amor, de heroísmo, sobre todo los más humildes y ocultos, que son los más bellos.

Asistiremos en directo, **viajando a nuestro placer en el tiempo** y en la frecuencia temporal que queramos, a los distintos actos de creación del mundo, a la creación del primer hombre Adán, al triste momento del pecado original, a los momentos de la vida de los justos en la tierra, a las intervenciones extraordinarias de Dios en la historia, a la Encarnación del Hijo de Dios, a todos los instantes de su vida en la tierra y de nuestra Redención, etc. A todo lo que queda realizado para siempre, a medida que la humanidad viaja a lo largo del tiempo, cruzando el decisivo presente.

Tendremos a disposición, para conocerlo y gozarlo, todo el Universo con las innumerables maravillas que Dios ha puesto para nosotros. Dios recibirá la gloria, la gratitud y el amor por cada cosa que ha creado.

Cada bienaventurado descubrirá, en su nueva condición celestial, incontables amores, vínculos de amistad, relaciones gozosísimas, con tantos otros seres creados por Dios, hombres y ángeles, seres espirituales y materiales. ¿Dónde? ¿Cuándo? En todos los espacio-tiempos de su vida terrena vivida y fijada en la existencia para siempre, en los espacio-tiempos de todos los otros seres glorificados y del Universo total, y eso “por los siglos de los siglos”, el tiempo de la Gloria, más allá del tiempo de la prueba.

Lo mismo que en torno al Sol giren los planetas e innumerables astros menores, unos más de cerca y otros más de lejos, y cada uno recibe luz, calor y fecundidad conforma a su tamaño y distancia, así es en el Cielo, respecto a Dios.

No todos tienen la misma capacidad de poseer a Dios, su Potencia, Sabiduría y Amor y la participación en sus infinitas perfecciones. Pero cada uno en el Cielo tiene su propia capacidad colmada; no hay envidias o descriminationes.

Hemos sido creados como un reflejo de un conjunto de perfecciones divinas; no hay dos hombres iguales. Cada uno es la inconfundible y singular *persona* que es, por razón de su específica *misión o vocación* para la que ha sido creado, conforme a la dote que Dios le ha dado de sus divinas perfecciones, o sea, según el retrato único e irrepitible que Dio ha hecho de Sí, al crearlo.

Por tanto, al llegar el hombre a la Patria Celestial, la primera cosa que comprende es su verdadera identidad, su verdadera vocación terrena y celestial, expresada en su “nombre nuevo”. *“Al vencedor dará maná secreto y una piedrecita blanca, en la que está escrito un nombre nuevo, que nadie conoce, sino el que lo recibe”* (Apoc. 2,17). Ese nombre inefable manifiesta lo que esa criatura es para Dios, lo que es y será eternamente su relación de amor con Dios y con todas las demás criaturas, y su personal herencia y dote de eterna felicidad.

Con la “buena muerte” el hombre –su espíritu– recupera la plena libertad, como la tiene Dios; recupera el perfecto dominio de todo lo que es él mismo: materia, energías, espacio y tiempo, en todas sus fases corporales presentes y vivientes en la eternidad creada.

En todas, o mejor dicho (repito), desde el primer instante de su vida, desde que fue concebido, hasta el *penúltimo* instante, el que precede la muerte. Porque la muerte nos priva tan sólo de nuestro *último envoltorio corporal*, el cuerpo del último instante. Es la última carta de nuestra baraja, es la última hoja de nuestro almanaque, la que cae. Por eso, al cementerio no llevan ningún cuerpo, sino sólo el cadáver.

El último prodigio del Amor de Dios (e orden cronológico) será **la resurrección universal** del último día, que nos devolverá nuestro cuerpo, o como estamos diciendo, el que nuestra alma pierde en el momento de la muerte.

La integridad corporal es sin duda una necesidad fuertemente sentida por el hombre que ha cruzado la frontera de la muerte. Los glorificados son plenamente felices en la Patria, pero les falta todavía algo que profundamente desean y esperan: la resurrección. Es como si a una persona le faltase un dedo; aunque fuera muy feliz, ¿qué otra cosa podría desear, sino volver a tener su dedo?

Superar positivamente la prueba de la vida terrena significa vivir y morir en libre adhesión a la Voluntad de Dios, mediante el testimonio de una buena conciencia y en la medida que la criatura ha podido conocer de Dios.

Eso es morir en su Gracia; lo contrario es morir en desgracia. **La vida terrena debe concluir y resumirse en un simple acto de aceptación de la Voluntad de Dios.**

Dios pide a todos ese simple acto de voluntad, un “sí” proporcionado a la capacidad de cada ser humano, aunque viva pocos días o pocas horas en el vientre de su madre. Al “Sí” creador de Dios ha de corresponder el “sí” libre de la criatura, que es imagen del Creador. Ninguno es exento, porque todo ser humano es creado por Dios elevado al plano sobrenatural, con una vocación celestial y divina. No olvidemos que *“el hombre viviente es la gloria de Dios”*. El hombre viviente es el concepto que Dios ha expresado de Sí mismo.

El cuerpo humano es engendrado en un momento determinado, en un preciso espacio-tiempo. Pero nuestra alma espiritual, no hay quien pueda decir en serio en qué momento ha sido creada. Pero, a pesar de ello, por la Revelación sabemos que vivimos una sola vida mortal y que la razón de ser y el origen de la entera humanidad, de todas las generaciones, está en la Encarnación del Hijo de Dios, el Primogénito de toda criatura, incluida su Madre Santísima.

No hay una *“pre-existencia”* de las almas, o sea, que hayan sido creadas en un momento temporal anterior. Pero podemos decir que son creadas en un acto divino “fuera del tiempo”, “por encima del tiempo”: sencillamente, en el Acto de la Encarnación del Verbo. Con ellos, el misterio permanece: son derechos de Dios, que, celoso de su Amor, en esta vida nos lo deja oculto.

Pues bien, antes o después, en un solo instante o durante toda una vida, de mil maneras Dios nos pregunta: “¿Me reconoces? ¿Me aceptas? ¿Quieres venir conmigo?”

Los que triunfan en la prueba, superada en la fe, quedan **confirmados** definitiva e irrevocablemente para siempre en su actitud y decisión, porque la evidencia de la Verdad de Dios que se revela a ellos los mueve irresistiblemente hacia Dios, el sumo y único Bien, la Verdad, la Belleza, la Vida. Conservando intacto el libre albedrío, sienten el atractivo irresistible de Dios, como una piedra que, lanzada en el vacío, necesariamente cae hacia el centro de la tierra, de la que procede.

De igual manera quedan irrevocablemente confirmados en la decisión de su voluntad los que rechazan a Dios hasta el final del tiempo de su prueba.

¿Qué quedará de los actos de existencia de una vida quemada y perdida para siempre?

Es indestructible todo lo que procede de Dios Creador, todo lo que forma cada acto de existencia en su correspondiente espacio-tiempo, pero los actos de los que se condenan quedarán absurdamente

privados de toda razón de ser, vacíos de todo bien, de toda verdad, de toda belleza, de la sola y única Vida; por lo tanto, llenos de odio, de falsedad, de fealdad y de horror, de desesperación, de muerte sin poder morir ni desaparecer.

La perenne conservación de la entera existencia vivida por los condenados, en vez de ser ocasión inagotable de realizaciones y de gozos, como lo es para los bienaventurados, para los condenados será una perenne acusación, vergüenza, confusión, amargura, odio, desesperación: en eso se convierte su vida en todos los espacio-tiempos vividos, pero no aniquilados, *un solo punto de tinieblas*; mientras que para los bienaventurados toda su vida se concentra *en un solo punto de luz*. *“En el día del Juicio resplandecerán; como centellas en la estopa correrán acá y allá”* (Sabiduría, 3-7).

* * *

Mi sufrimiento es una llavecita de oro, aunque es pequeña me abre un gran tesoro.

Es cruz mía, pero es también del Señor; cuando la abrazo sólo siento su amor.

No he contado los días de mi dolor, pero Jesús los escribió en su Corazón.

Vivo momento por momento y ahora el día pasa, como si fuera una hora.

Dos lágrimas aún de amargo llanto y en el Paraíso seguirá el eterno canto.

Estoy seguro de que desde el más allá toda la vida en un instante se verá.

Pasa la vida, víspera de fiesta; muere la muerte, en el Cielo se despierta.

Fiesta en la tierra, la Divina Voluntad y en el Cielo será toda la eternidad.